

mítico-práctica y la concepción del mundo propia del interés teórico". En verdad, todas estas vías están apenas esbozadas, además de expuestas con cierta confusión. Como indica el editor, Rudolf Boehm, en la Introducción (pág. XXXII, resulta imposible distinguir con precisión entre ellas y someterlas a un tratamiento sistemático.

La preocupación de Husserl por intentar caminos distintos al "cartesiano" indica que consideraba éste insatisfactorio o, al menos, insuficiente. Sin embargo, las otras vías no rechazan la primera, más bien la completan revelando posibilidades concomitantes. Porque tal vez no se trate propiamente de caminos separados, sino de aspectos, de facetas de una sola transformación radical, cuya complejidad no podría exponerse desde un solo ángulo. Nada entenderíamos, en efecto, si consideráramos la reducción como una operación simple; en realidad, Husserl reúne bajo el mismo rubro varios pasos de sentidos muy diferentes, que él nunca quiso distinguir con precisión por considerarlos recíprocamente dependientes. "Reducción" significa a la vez, entre otros, los siguientes pasos: paso de los sentidos mentados a lo dado con evidencia apodictica, del ser relativo al ser absoluto, del mundo como suma de realidades a su origen constituyente y fuente de sentido, del yo perdido en los objetos al yo consciente de su propio sentido, de la vida orientada a valores relativos a la vida orientada al valor absoluto. Todos estos pasos, de tan diversa índole, quedan unificados en el tránsito del "mundo natural" a la "subjetividad trascendental". Y la vía cartesiana resulta insuficiente porque no puede dar cuenta de todos los sentidos implicados en una operación metódica que Husserl considera unitaria. Mas tal parece que Husserl nunca llegó a dar con un sentido originario de la reducción del cual pudieran derivarse todos los demás. ¿No quiere esto decir que hasta el final quedó parcialmente oscuro —vislumbrado, cada vez más cercano, pero

nunca distinto— el *sentido último* de la fenomenología misma? Pues, ¿no sería acaso esencial a la tarea radical del filósofo no llegar nunca al fin del camino? Que fuera tal vez propio del verdadero filósofo ser siempre un "incipiente". "Si por una parte el autor ha tenido que rebajar prácticamente el ideal de sus aspiraciones filosóficas al de un simple principiante —escribía Husserl en 1930—, por otra parte ha llegado con la edad a la plena certeza de poder llamarse un *efectivo principiante*. Casi pudiera tener la esperanza —si le fuera concedida la vejez de Matusalem— de poder llegar a ser un filósofo..." ("Epílogo" a las *Ideas*, trad. J. Gaos, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, pág. 394).

LUIS VILLORO

*Notas Introdutorias à Lógica Dialéctica*, por Caio Prado Júnior. Editora Brasiliense, São Paulo, 1959.

Las 19 notas que constituyen este volumen representan una aportación importante y original para el análisis de la actividad del pensamiento, en su función elaboradora del conocimiento científico, incluyendo sus enlaces con el lenguaje en general y sus formas lógicas en particular, tal como están contenidas implícitamente en el lenguaje, tanto discursivo como simbólico. En el examen que nos ofrece el autor se toman en cuenta de manera prominente los procesos mentales del sujeto pensante, para el cual el lenguaje y sus formas específicas son otros tantos instrumentos de expresión y exteriorización de dichos procesos. Por lo tanto, adopta como punto de partida las bases experimentales suministradas por la psicología científica, dejando a un lado las simples representaciones intuitivas que son tan comunes en el tratamiento de los problemas lógicos. De esta manera se amplían las perspectivas para establecer una determinación más precisa del método científico, es decir,

de la manera más acertada posible en que se ha de orientar y conducir el curso del pensamiento para la adquisición del conocimiento. Al mismo tiempo, la posición adoptada permite la elaboración de las formas verbales en general y de las formas lógicas específicas, de modo que resulten adecuadas para la expresión del pensamiento y, sobre todo, del producto de ese pensamiento que es el conocimiento científico.

La primera cuestión abordada por el profesor Prado es el establecimiento de la necesaria distinción entre la dialéctica de la naturaleza y la sociedad —esto es, la evolución y la transformación de los procesos existentes, en cuyo comportamiento se ponen de manifiesto las leyes dialécticas— y los procesos lógicos que llevan al hombre a comprender, explicar y dominar objetivamente los procesos naturales y sociales, mediante la experimentación, el razonamiento dialéctico y la actividad práctica. Por un lado, la dialéctica es la expresión del comportamiento general del universo y representa una propiedad fundamental de todos y cada uno de los procesos existentes. En este sentido, la dialéctica constituye el objeto de estudio de las diferentes disciplinas científicas y como tal debe ser tratada: como expresión definida del cambio, la transformación y la acción recíproca entre los procesos del universo. Por otra parte, la dialéctica es la expresión fundamental de la actividad del pensamiento y constituye, por lo tanto, la clave del pensamiento científico. En este otro sentido, la dialéctica es el método lógico por excelencia, ya que es la manera de adquirir el conocimiento de los procesos existentes y de interpretarlo en forma correspondiente a su naturaleza intrínsecamente dialéctica. Los procesos existentes se manifiestan al hombre de modos contradictorios: por un lado, son múltiples y diversos, inestables y fluidos; y, por otra parte y a la vez, son uniformes e idénticos, estables y permanentes. El problema de la lógica dialéctica consiste entonces en enlazar

y armonizar los aspectos contradictorios, para obtener como síntesis dialéctica un conocimiento completo y comprobable, sin excluir ni subestimar a ninguno de esos aspectos. Así surge la cuestión fundamental y primordial de entender la uniformidad en la multiplicidad y la permanencia en el flujo. Basándose en las relaciones existentes entre la dialéctica de la existencia y la lógica dialéctica, la cuestión consiste en elaborar un método de conceptualización que permita dar cuenta cabal de los procesos conocidos y haga posible su representación adecuada y sin deformaciones. Y, con esto, se coloca el estudio de la lógica dialéctica en sus justos términos.

Siguiendo el tratamiento del autor, tenemos que la lógica formal es fundamentalmente una expresión de las relaciones que enlazan estructuralmente a los elementos del lenguaje. Como es sabido, lo que caracteriza distintivamente a la estructura del lenguaje —y esta característica es común a todas las lenguas conocidas, vivas y muertas— es la diferenciación tajante entre sujeto y predicado, en la oración. El sujeto es un elemento estable que permanece idéntico a través de todo lo expuesto o descrito y que, incluso, existe independientemente de la acción o representación correspondiente. De modo semejante, dentro de la concepción estática de la lógica formal, impregnada de antropomorfismo hasta en sus formulaciones más rigurosas, se considera al sujeto —que es una representación o una transposición del hombre— como un elemento estable que constituye el punto de partida y el impulso de la acción que el propio sujeto realiza. Análogamente, las demás acciones o impulsos son realizados por otros seres, entidades o cosas dotadas de las mismas cualidades de individualidad y permanencia de su ser que el hombre, como sujeto pristino, se atribuye a sí mismo. De esta manera, en la solución formalista del problema inicial y primordial del conocimiento, lo que se destaca es el aspecto estable y permanente,

a la vez que se excluye decididamente el cambio y el flujo de los procesos. En el dominio del conocimiento, esta actitud lógica se traduce en el empleo del pensamiento en el plano elemental y primario de las simples preservaciones y de la adaptación pasiva a las condiciones impuestas por el medio ambiente. Y, de modo correspondiente, en el dominio de la ética dicha posición queda representada peculiarmente en la máxima: "evita el mal y procura el bien"; sin que se implique así intención alguna de transformar el mal en bien, ni menos de intervenir activamente en sus factores causales.

El progreso moderno del conocimiento científico se ha efectuado enteramente al margen de la lógica formal, dice con gran acierto el profesor Prado. En realidad, la lógica formal ha estado confinada a círculos filosóficos reducidos y ha sido ignorada deliberadamente por los constructores de la ciencia moderna. Es más, todos los intentos de rehabilitar o renovar la lógica formal, hechos desde el campo de la filosofía, han terminado en el fracaso. Sin embargo, tampoco han faltado tentativas hechas desde el campo de la investigación científica, para tratar de galvanizar la vieja y caduca lógica formal con la joven logística. El mejor fruto de estos trabajos ha sido la elaboración de instrumentos precisos y rigurosos para sistematizar los conocimientos ya adquiridos y expresados formalmente en su registro verbal. Pero, lo que es más importante todavía es que los empeños logísticos ponen claramente de manifiesto la necesidad que tienen los científicos de contar con un procedimiento consciente y metódico en sus investigaciones. Sin duda, esto hace resaltar la importancia del problema de elaborar la lógica dialéctica de tal manera que pueda ser utilizada conscientemente, con eficacia y rigor en la investigación científica. Por otra parte, los trabajos realizados en el campo de la logística han tenido el gran mérito de esclarecer definitivamente que la lógica

clásica es una mera lógica formal y no es en modo alguno una ontología, como se ha pretendido secularmente en sus interpretaciones metafísicas. Sólo que, a su vez, los logicistas han exagerado la nota, hasta llegar a sostener paladinamente que la lógica es tan formal que consiste exclusivamente, en último término, en un análisis del lenguaje.

Ahora bien, es cierto que la elaboración del conocimiento se realiza siempre a partir de conocimientos elaborados con anterioridad y que ordinariamente, al menos en gran parte, se presentan en forma verbal. Pero también es cierto que la actividad elaboradora del conocimiento no se restringe a dicha forma, ni a las formulaciones antecedentes, ni tampoco a aquellas otras que derivan formalmente de ellas, o sea, a través de operaciones formales. Además, una misma expresión verbal puede traducir, en distintos contextos, conceptos diferentes; y, a la vez, cualquier vocablo puede ser sustituido siempre por una combinación de vocablos que resulte equivalente. Por otro lado, la plasticidad de la expresión lingüística es tan inagotable y variada —particularmente debido a su dinamismo siempre presente y susceptible de ponerse en acción— que una misma lengua sirve con modificaciones relativamente insignificantes, a través de períodos históricos muy prolongados, durante los cuales la concepción contenida en el conocimiento científico se transforma considerablemente. Y esta plasticidad lingüística tiene su aspecto negativo en la facilidad que ofrece para la especulación verbalista. En todo caso, jamás existe una relación biunívoca entre los vocablos y los significados, lo cual quiere decir que los vocablos carecen de especificidad estricta. De otra parte, el lenguaje constituido justamente con el propósito de expresar el pensamiento, traduciendo y registrando su contenido de conocimiento, viene a ser como un recipiente del conocimiento ya elaborado, el cual se conserva en la tradición oral y en los textos escritos. De este

modo, las formulaciones verbales constituidas con el empleo del instrumento vocal y gráfico que es el lenguaje, forman un registro del conocimiento. En este sentido, sin confundir el conocimiento con su registro, resulta parcialmente cierta la formulación de Tarski, de que "toda teoría científica es un sistema de proposiciones aceptadas como verdaderas".

El conocimiento científico se integra en un sistema de conjunto cuyos elementos, que son los conceptos, se implican recíprocamente y se conjugan de tal modo que sólo muestran plenamente su significado y su contenido dentro del sistema a que pertenecen y en función de él. No obstante, la expresión verbal del conocimiento produce la ilusión de que la concepción se compone de elementos discretos y autónomos. Pero, en realidad, los conceptos son interdependientes, dinámicos y cambiantes, ya que corresponden y expresan el avance en el proceso del conocimiento. Además, los conceptos, lejos de ser elementos autónomos, se interpenetran y conjugan formando sistemas y conjuntos de sistemas que constituyen otros tantos conceptos, mismos que a su vez se conectan y coordinan mutuamente para formar sistemas más amplios, que también son conceptos más generales. El proceso de concepción consiste fundamentalmente en la representación mental de un sistema de relaciones, en donde los términos o elementos constituyentes pierden su especificidad —como tales o cuales elementos en particular—; aunque esta pérdida únicamente ocurre dentro de la sistematización, ya que fuera de ella los conceptos se pueden discriminar y distinguir definitivamente unos de otros. Por otra parte, en la medida en que el conocimiento se desenvuelve, de manera irregular y asimétrica, se van requiriendo nuevos conceptos, conjugaciones nuevas de los anteriores y relaciones también nuevas entre unos y otras; y, para formular estos nuevos elementos conceptuales y sus interconexiones, se tiene que ir

modificando igualmente la estructura del lenguaje que les sirve de expresión. En este sentido, la lógica dialéctica se esfuerza en restablecer la naturalidad de la función pensante, para que quede equilibrada la correspondencia entre el pensamiento y su forma verbal; de modo que el lenguaje mantenga su función intrínseca de ser expresión del pensamiento, fijándolo y disciplinándolo, pero sin que se pretenda convertirlo en sustituto del propio pensamiento.

Volviendo a tomar el curso histórico de la lógica, recordamos rápidamente que Hegel fue el primero en romper consecuentemente con la interpretación clásica, volviendo a establecer la noción de ser como una síntesis dialéctica del ser y el no-ser, de la identidad y la diversificación, formulando a la vez las leyes principales de la contradicción, la conjugación de los opuestos, su negación y su transformación recíproca. Así, la lógica hegeliana permitió explicar y conceptualizar la dialéctica del flujo, la variabilidad y el cambio de los procesos. Pero, para Hegel, la dialéctica objetiva de la naturaleza y la sociedad quedó enteramente subordinada a la dialéctica del pensamiento, convertida en simple expresión de ésta, o sea, en la realización del proceso de desenvolvimiento de la idea absoluta. En cambio, Marx y Engels —al invertir la dialéctica hegeliana, para colocarla justamente sobre su base— pusieron al descubierto las enormes perspectivas y la fecundidad del método dialéctico —definiéndolo, caracterizándolo y, lo que es más importante aún, aplicándolo creadoramente para establecer la filosofía del proletariado y la ciencia de la sociedad—, aportando así la contribución que resultó ser decisiva y convincente. Por esto, en la actualidad, la tarea principal en el dominio de la lógica dialéctica es la de precisarla como proceso científico del pensamiento y de la experimentación, como instrumento aplicable de manera consciente y metódica a la observación, el análisis, la síntesis y la interpreta-

ción de los procesos existentes. En suma, de lo que se trata es de ampliar, profundizar y sistematizar el método dialéctico para que tenga mayor eficacia en la elaboración del conocimiento científico y, por consiguiente, en la comprensión y el dominio humano de la dialéctica de la sociedad y de la naturaleza. Y, para esta tarea, las nutridas penetrantes notas preparatorias del profesor Prado son, sin duda, una contribución sumamente valiosa.

ELI DE GORTARI

*La filosofía de José Vasconcelos*, por Agustín Basave Fernández del Valle, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1958.

“Siempre que pienso en José Vasconcelos —dice Basave— evoco esos personajes gigantescos del Antiguo Testamento y de Shakespeare. Su pasión, su desmesura, y su impaciencia de lo eterno son dardos de anhelo en un mundo mezquino que carece de pasión, que peca, siente y piensa con el mínimo vital de un buen burgués. Vasconcelos se ofrece a sus contemporáneos como una figura proteica. Hay el Vasconcelos pintoresco —como la Andalucía de la manzanilla y de la pandereta— que conoce hasta el último mexicano; es el hombre de los desahogos políticos, de las frases certeras, que son verdaderos fusilamientos civiles. Hay el Vasconcelos de la autobiografía de cristal, el de la sinceridad sin reticencias, que llega hasta el impudor. . . Juzgar a un hombre que ha publicado una veintena de libros por hechos aislados de su vida, por frases contradictorias o exageradas, o por cualquier otra minucia, constituye una ligereza imperdonable. . .” Hay en Vasconcelos una auténtica vocación filosófica, que se manifestó en él desde su primera adolescencia, casi desde su niñez, cuando se preguntaba ya: ¿Quién soy?, y que irá desenvolviéndose a lo

largo de toda su vida. Además existe en su obra “una voluntad de justificarse, no sólo ante sí mismo, sino ante su sociedad y el mundo”. También “quiere hacer pedagogía. . . Nació para ser de los que Platón llama. . . ‘amigos de mirar’ (contemplativos); pero al mismo tiempo aborrece al intelectual eunuco y se lanza a la acción, al apostolado social.”

Este libro de Basave presenta un cuadro muy rico tanto sobre el hombre Vasconcelos, como sobre su obra filosófica. Estudia primero al hombre, su estilo, su filosofía en panorama y encuadrada dentro del marco hispanoamericano. Después analiza minuciosamente su lógica orgánica; su metafísica; su ética; y su estética. En la última parte vuelve a decirnos algo más sobre el hombre, se ocupa de su *todología*, y termina con unas lúcidas consideraciones sobre el destino de José Vasconcelos.

Vasconcelos tuvo la inmensa suerte de que fuese precisamente Agustín Basave quien emprendiera un estudio omnicompreensivo sobre su personalidad multilateral y sobre su obra, tan superlativamente rica; y tuvo la suerte de ver esa gran realización de Basave antes de morir.

Fue ciertamente una ventura contar con un biógrafo, comentarista y expositor de la alta jerarquía intelectual y humana de Basave, uno de los más destacados filósofos en el mundo joven de México, y aun de Hispanoamérica. Porque es un hecho, que es imperativo subrayar, que Basave, a mediados del cuarto decenio de su vida, ha probado ser ya una de las cabezas jóvenes mejor dotadas para la filosofía en el Hemisferio Occidental. Y su fama justamente ha rebasado los límites americanos para hallar eco en Europa, hasta el punto de que alguno de sus libros ha sido traducido al alemán. Basave ha producido, en el campo de la filosofía de la vida humana, una nueva antropología filosófica con raíz cristiana y a la vez muy en la corriente del pensamiento del si-